

SENTENCIADO A LA SOLEDAD

En todas las actividades de su vida quería ser el número uno, pero fue el último en reconocer el daño que la bebida estaba causando a su vida.

AHORA que sé el efecto que el alcohol tiene en las personas, estoy convencido de que desde que tomé el primer trago, el alcoholismo se apoderó de mí.

Yo siempre era el que tomaba la primera copa y el último ron con soda. Era el más gracioso en las reuniones, el que mejor jugaba a la pala, el que más rápido subía al monte, el que más..., el que más. ¿Por qué tenía esa necesidad imperiosa de ser el número uno en todo? ¿Qué estaba tratando de reclamar? ¿De quién quería llamar la atención? Cuántas veces me he preguntado y me he querido convencer a mí mismo: ¿a lo mejor fui víctima de las circunstancias? Quise estudiar y no pude; los trabajos que tuve durante toda mi vida no eran los que yo quería; los amores a principios de los setenta iban y venían; la relación con mi padre era nula, la situación en mi país me arrastraba a una lucha: muchas preguntas y pocas respuestas.

Pero creo que esto nada tiene que ver con mi alcoholismo. Si no hubieran sido éstas las causas, hubieran sido otras. La cuestión es que la enfermedad la he llevado conmigo durante treinta años, de los cuales los ocho o diez últimos, los pasé en el infierno.

Profesionalmente había triunfado. Con los estudios que yo tengo no se podía llegar más alto. Era el capataz

general en una empresa de prefabricados del hormigón. Dedicaba todo mi tiempo a mi labor profesional y a beber, cosa que hacía durante todo el día y a todas horas, puesto que nadie me controlaba. En mi casa, lo único que hacía era dormir (casi nada) y decir que me dejaran en paz. Qué osadía, cuando yo había metido en mi casa a una legión de diablos.

Alegando que en el verano hacía mucho calor, mi mujer se iba a dormir a otra habitación (cada vez eran más largos los veranos). En más de una ocasión, la he oído decir en algunas reuniones abiertas, que era insoportable dormir conmigo, por lo que sudaba y por el olor a alcohol que emanaba de mi cuerpo. No sé cómo ha podido soportarme tanto tiempo. Mis hijas ya eran mayores y, cada vez más frecuentemente, mi esposa me decía que yo tenía problemas con el alcohol y me brindaba toda su ayuda. Me habló de A.A., consultó con el médico de cabecera, me trajo papeles para que fuera a ver a un psiquiatra, etc.; pero entre el alcohol y los resentimientos que yo tenía hacia ella, no quería o no podía ver mi realidad, y todas sus sugerencias, una a una, las rechazaba. Los dos veíamos que nuestro matrimonio se iba a pique y me advirtió que, o yo tomaba cartas en el asunto, o las tomaba ella.

Un día dije que no tomaría más alcohol y así lo hice. Lo sustituí por cerveza y licores sin alcohol. Pasaban los días y las semanas; yo seguía con las mismas pautas, cada vez más encerrado en mí mismo. Me estuvieron tratando de estrés, de depresión y de alguna enfermedad más de la mente, pero ahora sé que lo que me pasaba era que no sabía vivir sin beber. Entré en un estado, supongo que, de borrachera seca.

Recuerdo que un domingo al llegar a mi casa a la hora de comer, ya estaba la mesa puesta y mis hijas y mi mujer esperándome; mi mujer me dijo que la situación por la que estábamos pasando era insostenible. No le di oportu-

nidad para que dijera nada más; sentencié: “me voy de casa”. Ahora recuerdo la escena y se me saltan las lágrimas: las tres se pusieron a llorar, yo terminé de comer, supongo que no mucho, y me fui a ver una corrida de toros.

Como ya no tenía por quién dejar de beber, empecé a tomar mis tan queridos y echados de menos whiskys. A los quince días justos después de haberme ido, me quedé sin trabajo, un hombro empezó a darme problemas, por las noches dejé de acostarme, no era capaz de pegar ojo. Antes de que abrieran el primer bar, a las cinco de la madrugada, ya estaba yo en la calle, porque los temblores no me dejaban estar en casa de mi madre, que fue la que me recogió y aguantó todos mis malos modos, mis soledades, mis odios hacia el mundo, mi desesperanza y mi pérdida de hombría.

Aprovechando un viaje que mi madre hizo con los de la tercera edad, decidí que las paredes sólo blancas eran muy sosas y, al más puro estilo de la Capilla Sixtina e imitando a Miguel Ángel, me puse manos a la brocha y solamente con barniz de pintar las puertas, empecé a plasmar sobre las paredes toda mi creatividad. Los motivos en los que me inspiré fueron: La Alhambra de Granada, la Giralda de Sevilla, la Torre del Oro, barcas, playas, las tres carabelas de Colón, un perro, un arlequín y todo lo que mi imaginación y el whisky dieron de sí. Cuando llegó mi madre, le enseñé aquella obra maravillosa y le dije: “el Miguel Ángel ése tardó en pintar la capilla ésa una eternidad y yo, fíjate, en un solo día lo que he hecho”. Mi madre me dijo: “Muy bien, hijo mío, ni Dios cuando se puso a crear el mundo, hizo nada tan maravilloso”. Durante todo el verano tuvo la puerta de la calle abierta para que todo el que quería mirar, viera mi obra. A los seis o siete meses, un día que mi mujer subió, no me acuerdo muy bien a qué, y vio aquel desaguisado, no pudo por

menos que ponerse manos a la brocha también e intentar ocultar aquel desastre. Siete u ocho manos de pintura blanca tuvo que darle, pero aún hoy en día se intuye lo que allí había pintado.

Menos mal que no me dio por conocer a otras mujeres, tal vez porque en aquella época casi no tenía dinero y todos mis ahorros y esfuerzos los usaba para beber. Estando una tarde en un bar, pensando en lo inútil de mi existencia, se me acercó un conocido, que parece ser que estaba peor que yo, y en aquel momento más borracho, y me pidió ayuda para que lo acompañara a su casa porque él no podía conducir. Lo acompañé, pero en vez de a su casa, nos fuimos al primer bar con el que tropezamos. Seguimos bebiendo y contándonos las desgracias por las que atravesábamos; me comentó que lo estaba tratando un psicólogo para ayudarlo con el problema de la bebida. Yo no me podía creer lo que estaba oyendo de aquel hombre; reconocí, creo que por primera vez ante otra persona, que tenía dificultades para controlar el alcohol. Entonces él me dijo que me iba a dar el teléfono de este psicólogo para que a mí me tratara también, que a él le estaba ayudando mucho. A pesar de mi borrachera, le dije que si la ayuda era como la que le estaba dando a él, que no la quería. Porque los dos estábamos borrachos como una cuba y sujetándonos a una columna. En aquel momento decidí llamar a A.A. ¿Fue casualidad que alguien con quien no había tenido ninguna relación que no hubiera sido profesional, ese día me pidiera ayuda? ¿O fue el Poder Superior a través de él, el que hizo que yo tomara conciencia de mi realidad?

Fuera como fuera, llamé y me puse en contacto con un compañero, que el nombre que tiene me vino al pelo: “Salvador”. Él hizo, con su experiencia y su talante, que yo me quedara en A.A. Hoy en día sigue siendo un ejemplo a seguir por mí. Aquella primera reunión a la que yo

asistí, recuerdo que me llenó de gozo; por fin había encontrado un sitio en el que encajaba, por eso cuando salí, me fui a celebrarlo tomándome unas copas. Así estuve unos meses, hasta en el descanso de las reuniones me iba al bar a tomar. Lo pasaba fatal.

Pero llegó el día y dejé de tomar ese primer trago. Durante una semana no pude moverme del sofá, no era capaz de comer porque no podía tragar nada y porque no podía sujetar nada con las manos, casi no podía caminar. Al principio de mi abstinencia creía que Dios me había mandado una enfermedad para dejar de beber; pero ahora estoy convencido de que fue al revés: estuve a punto de que me diera un delirium tremens, pero no fue así, y desde entonces no he vuelto a tomar ni una sola gota de alcohol y, lo que todavía es mejor, desde ese primer día, aún con los temblores, Dios hizo que se me quitara la obsesión por el alcohol.

Desde que decidí asistir a A.A., se lo conté a mis hijas y les dije que, como mi esposa me había ofrecido tantas veces su ayuda y puesto que había reuniones para familiares de alcohólicos, que si ella quería, podía acompañarme a una reunión abierta. Mi esposa dijo que sí y durante toda la reunión estuvo llorando y yo haciéndome el duro, pero con un nudo en la garganta.

No sé si todavía bebía o ya lo había dejado, cuando un día de los que pasaba a recoger a mi mujer para ir a las reuniones, no me preguntó, como era su costumbre, que si había bebido, y a la vuelta tampoco. Para mí, ese día supe que algo iba a cambiar en nuestras vidas. Empezamos a vernos y a salir otra vez como si fuéramos novios. Casi un año más tarde volví otra vez a mi casa, con la misma esposa que había aguantado tantos sinsabores.

Me comí mi orgullo y llamé a mi antiguo jefe y, para mi sorpresa, volvió a darme trabajo. Eso de la humildad daba resultado. Me operaron el hombro y se me curó después

de una larga recuperación. Por fin la vida volvía a sonreírme y todo ello por no tomarme esa maldita primera copa.

Mucho han tenido que cambiar mis puntos de vista sobre todos los temas que me rodean y afectan. Hoy tengo inquietudes por aprender, por conocer a las personas y a las cosas. Estoy dispuesto a conceder a mis semejantes las oportunidades que hagan falta, y estoy luchando conmigo mismo para aceptar las cosas como son y no como me gustaría que fueran.

Desde donde me encuentro en este momento, se ve mucho cielo.